XXII Domingo del Tiempo Ordinario C

El idioma evangélico

"Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal. Vendrá de pronto el que te convidó y te dirá: Cede el puesto a éste". San Lucas, cap. 14.

Hacia el año 70 de nuestra era, aparece en Roma el Evangelio de Marcos.

Entre los años 80 y 90 encontramos en Palestina el de Mateo y probablemente en Antioquía, el de Lucas.

Sólo más tarde, a finales del siglo I, Juan escribe el suyo desde algún lugar de Asia Menor.

Mateo escribe de Jesús para una comunidad de judíos que se ha convertido al cristianismo. Lo hace en arameo. Los otros tres nos entregan su relato en griego, matizado por la cultura personal de cada uno y por la mentalidad de las comunidades a quienes se dirigen.

Sin embargo, los cuatro escritores usan un mismo idioma: El de la Buena Nueva, el Evangelio.

Todos ellos nos transmiten unos mismos valores, una manera idéntica de definir al hombre, de analizar el mundo, de examinar la historia.

Es un lenguaje nuevo que se vuelve idioma universal, comprensible para todos los hombres de buena voluntad, que, en cualquier lugar de la tierra, buscan al Señor bajo el impulso del Espíritu.

De entrada, esta lengua nos puede parecer desconcertante: Allí perder se traduce por ganar. Ser significa dar.

Importancia se traduce cómo servicio. Atesorar se cambia en compartir. Poder se expresa con la palabra mansedumbre.

El Maestro trae un ejemplo claro de esta lengua en el Sermón de la Montaña: Felices los mansos porque ellos poseerán la tierra.

Cómo práctica de este idioma, encontramos aquel consejo para los invitados a una boda: No te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría y te digan: Cédele el puesto a éste.

Nunca conviene buscar los primeros lugares. Ni en la mesa del banquete, ni en el ambiente familiar, ni en el círculo de amigos. Aunque seamos conscientes de las capacidades, los valores y la experiencia que poseemos.

Lo más evangélico es no aparecer en primer plano. Distinguirnos por una discreta sencillez, que siempre trae agradables sorpresas y que ayuda, más que a imponer criterios y directivas, a compartir lo que somos y tenemos.

Los evangelistas recuerdan ciertas frases clave de Jesús. Quizás El las repetía con frecuencia. Quizás su mensaje les había impactado hondamente. Las dejan caer en sus escritos, así de paso, a veces fuera del contexto.

Una de ellas, que recopila esta enseñanza del banquete, es la siguiente: "Todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido".

También San Lucas, al comienzo de su Evangelio, coloca en los labios de Nuestra Señora una frase semejante: "El Señor derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes".

Tal vez nosotros no estemos familiarizados todavía con el idioma evangélico.

Aceptamos unas verdades religiosas, tratamos de corregir nuestra conducta, realizamos unos ritos.

Pero no alcanzamos una comprensión plena de la palabra de Jesús. No hemos asimilado su gramática, se nos hace difícil el hondo significado de sus palabras. Nuestro vocabulario es todavía trivial, insuficiente, a veces cargado de prejuicios.

Es necesario leer y releer el Evangelio para obtener mejor inteligencia de él y más soltura.

Cambiarán entonces nuestras actitudes y, cómo quién asimila un nuevo idioma, hallaremos un mundo desconocido.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y